EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIV — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm 9886

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 15 DE OCTUBRE DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social: MADRID, CALLE OLÓZAGA N. 1 (Paseo de Recoletos.)

Subdirectores: SRA. VIUDA DE SORO Y COMP.ª Cartagena, P. Caballos, 15.

GARANTÍAS.

Capital social efectivo..	Ptas.	12.000000
Primas y reservas. . . .	»	42.889747
TOTAL.		54.889747

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS.

Esta gran Compañía *nacional* asegura contra los riesgos de incendio.

El gran desarrollo de sus operaciones acrecenta la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1861, de su fundación, la suma de ptas. 56 226 397.77.

SEGUROS SOBRE LA VIDA.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas *más reducidas* que cualquiera otra Compañía

Está probado en infinidad de casos (algunos de ellos con uno, dos y hasta tres años de padecimiento) que para la pronta y completa curación de las

CALENTURAS INTERMITENTES REBELDES

no hay nada mejor ni más agradable que las

GRAGEAS LOPE RUPEREZ

3 pesetas caja en farmacias y droguerías.

VENTA POR MAYOR

En Madrid: Melchor García, Capellanes, 1.—M. Pérez Mínguez, Paseo San Vicente, 12.

En Cartagena: Adolfo Fernández, San Miguel, 10, droguería.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola

Arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

La vacuna antidiftérica

Inmunidades naturales de ciertas especies. —Estudios de un médico japonés y un doctor alemán.—El descubrimiento de M. Roux.

Hace algunas semanas que el público de diversos países se halla honda y legítimamente emocionado, con motivo del asombroso descubrimiento de la vacuna antidiftérica.

Este suceso introduce una radical transformación en el arte de curar.

Existen especies animadas y hasta ciertas razas é individuos que disfrutan de una inmunidad incomprensible respecto de ciertas enfermedades, como sucede con los bueyes, que no padecen muermo, y los negros, que no se ven atacados del vómito negro.

Ignórase la causa de este singular privilegio; pero se ha trabajado de mucho tiempo acá en transfundir la invulnerabilidad de un individuo á otro, y así comenzó el tratamiento de la tuberculosis por las inyecciones de sangre de perro ó de cabra, que tanto ruido hicieron en 1890.

En este camino se llegó hasta concebir ideas tan paradójicas como las que tuvieron Bordier y Ashinead, de inocular á los europeos sangre de negro, para preservarles de la fiebre amarilla.

Sin embargo, los hombres serios continuaron sus investigaciones, que fueron coronadas por éxitos asombrosos, en el tétanos, la difteria, la tuberculosis, la pneumonía, la rabia, el cólera, la fiebre tifoidea, la *influenza* y otras enfermedades.

Había algo de empirismo hasta entonces, pero la ciencia caminaba con paso firme y buscaba tan sólo el efecto bactericida, la antisepsia, en una palabra, un procedimiento para transformar el organismo en un medio donde no puedan vivir los microbios.

Así estaban las cosas, cuando dos médicos de notoria fama, el alemán Behring y el japonés Kitasato, opinaron que el misterioso poder vacunal debía ejercerse, no contra el microbio, sino contra la *toxina*: no contra el fermento animado, sino *contra los productos*—inanimados—*de la fermentación*.

Desde entonces una pista ignorada, prodigiosamente fecunda, se abrió ante los asombrados ojos de los investigadores.

Los microbios, desarmados, quedaban reducidos á la impotencia, puesto que cada uno de esos venenos iba á ser destruido por un antídoto determinado, que podía administrarse en dosis definidas, con sujeción á reglas inmutables que presiden á las reacciones químicas. La antisepsia más ó menos caprichosa dejaba el paso á la *antitoxia*, susceptible, por el contrario de matemático rigor.

Behring y Kitasato aplicaron su método al tétanos y á la difteria, pero únicamente consiguieron algún resultado con la primera de estas enfermedades.

En cuanto á la difteria, estaba reservado el triunfo á M. Roux, la inteligencia más potente de la bacteriología contemporánea, fundador de la *antitoxia* particular con el manual operatorio.

No hay para qué hacer la descripción técnica del procedimiento.

Lo que importa consignar es que en adelante ya no se morirá del crup si no es accidentalmente ó por causas extrañas. Puede producirse una obstrucción mecánica de las vías respiratorias á causa de la caída de las falsas membranas; puede sobrevenir una enfermedad intercurrente, como la erisipela ó la broncopneumonía, pero M. Roux se propone evitar el peligro de esta última complicación inoculando, á la vez que la vacuna antidiftérica, tantas antitoxinas diferentes cuantas sean menester.

En esta dirección emprendida por M. Roux, acaso llegue á triunfar por el mismo método del bacilo de la tuberculosis, y entonces su victoria sería el timbre más glorioso de la Medicina en el presente siglo.

Negros y Azules.

De un celaje entre los tules
Que las estrellas bordaron,
Cierta noche se encontraron
Los ojos negros y azules.
De esperanza ó fatalismo
Los dos mostraban su anhelo;
Estos, mirando hacia el cielo,
Los negros, hacia el abismo.
Y al revelar los enojos
Que entre los dos existían,
Estas cosas se decían
Aquellos pícaros ojos:
«Los AZULES.—¡Cómo encanta
De nuestra luz el derroche!
Los NEGROS.—¡Hasta la noche
De nuestra sombra se espanta!
Los AZULES.—Mis pupilas
Son amor, dulzura y calma.
Los NEGROS.—Fuimos el alma
De los Césares y Atilas»...

. . . . . .

Yo escuchaba la cuestión
En mis penas escondido
Y sentí un fuerte latido
Dentro de mi corazón.
Y así les dije: ¡callad!
Sois tan funestos los dos
Que á la tierra os manda Dios
Cual manda á la tempestad.
Cuando niño, á una morena
Rendí el alma candorosa;
Después, una rubia hermosa
Casi me mató de pena.
¡Os aborrezco! esconderos
Del celaje entre los tules,
Porque ni á negros ni azules
Con cariño puedo veros...

. . . . . .

No dije más: me dormí;
Luego, con ellos soñé,
Dulcemente suspiré...
¡Y no sé lo que sentí!

J. L. DE L.

TIJERETAZOS

El ministro de Marina niega de la manera más rotunda que haya manifestado deseos de dimitir.

Lo creemos.

Nadie puede manifestar lo que no tiene.

alarido y gritería por la parte del Zacatín, y la trompeta del alcaide de la puerta, avisó la llegada de los campeones.

Agitóse el pueblo desalentado ya; levantóse un sordo rumor, corrieron los escuderos á los caballos y á la tienda de los acusadores, subieron los jueces al estrado, el rey ocupó el trono, y menguó la palidez en el rostro de la sultana y de sus damas y esclavas.

Abrióse la puerta del Zacatín, y cuatro ginetes, al parecer berberiscos, por sus armas y el linage de sus caballos, entraron al trote, adelantaron hasta el cadalso, saltaron á la arena, y uno de ellos salvó la gradería, y arrodillándose á los pies de la sultana, la dijo en arábigo aljamiado:

—Poderosa señora, yo y esos tres caballeros que conmigo son, somos tres hermanos berberiscos, que arrojados por el mar á las riberas del reino de Granada, hemos querido ver ciudad tan insigne y de tan claro nombre coronada.

Y viniendo su vía, hemos sabido por un villano la aflicción en que te hallas, y á tus pies nos ponemos para ofrecerte en demanda de tu inocencia, nuestras lanzas y cuanto somos.

Calló el caballero, y la sultana le contempló un tanto en silencio. Pero una esclava cristiana que estaba junto á ella y que no quitaba ojo del guerrero, la dijo con voz recatada:

—Acepta, señora, porque ese que á tus pies miras no es otro que D. Juan Chacón, señor de Cartagena, á quien escribiste aquellas letras por mi consejo.

Sonrió tristemente la sultana, mirando con agradecimiento al capitán castellano, que aun doblaba ante ella la rodilla, y exclamó con voz conmovida:

—Dios te premie y á tus hermanos, caballero, la merced que me haces; yo os acepto como campeones, y en Allah y en vosotros confío, volverá á brillar mi pureza traidoramente manchillada por los infames zegríes.

D. Juan Chacón besó la mano á la sultana, bajo del cadalso, cabalgó y esperó en ademán de atención á que se pregonase el tecer reto.

Las trompetas lanzaron al espacio su áspero sonido y repitióse la acusación.

—Miente como cobarde y villano, heraldo, gritó D. Juan Chacón, con una voz tan pujante, que retumbó en los cuatro ángulos de la plaza, y miente quien tal le manda decir, y quien lo sostenga, y quien al escucharlo calle; y en prenda y señal de desafío, á muerte, sin perdón ni plazo, ved lo que haré y harán conmigo mis hermanos.

Y atravesando el palenque á media rienda, los cuatro caballeros hirieron con los agudos hierros de sus picas las adargas de los mantenedores, suspendidas de las lanzas á la puerta de la tienda.

lla que sustentaba uno de los costados del cadalso de la sultana.

Rugía el moro como un tigre herido por un leon, y era espantoso de ver su semblante, y los furiosos tajos que su espada descargaba sobre la adarga damasquina que embrazaba el castellano.

Y duraba el combate; corría la sangre de entrambos campeones.

Zoraida pálida y aterrada miraba con ansiedad el rostro de D. Diego, y este cobró alientos y fuerzas ante la suplicante mirada de la sultana.

Enojóle tanta resistencia; arrojó lejos de sí la adarga, alzó su espada á dos manos, describió con ella un ancho círculo sobre su cabeza y esclamando:

—¡Santiago y Castilla! la dejó caer con el ímpetu de una encina derrumbada por el huracán, sobre el moro.

Nadie, entre el estruendo del combate que allá en el sol del palenque se sustentaba á caballo, oyó el grito de guerra del Alcaide de los Donceles, sino Mahomet que cayó por tierra como si le hubiese herido un rayo, esclamando con amortecida voz:

—¡Traición! ¡son castellanos!

Y su lengua se heló, rodaron sus ojos en las órbitas, y la lividez de la muerte alteró su semblante.

Saludó el generoso alcaide á la sultana, recogió la